

EXPLORACION EN TUZAPAN Y ZONAS COMARCANAS

Por ENRIQUE JUAN PALACIOS.

A propuesta del señor Andreu Almazán emprendí viaje a la Sierra de Puebla, y porciones limítrofes del Estado de Veracruz, en el curso de los días 4 a 19 de febrero de 1930, acompañado por don Wilfrido Du Solier, arqueólogo de esta Dirección, la cual patrocinó la expedición suministrando los gastos respectivos.

La comarca explorada pertenece en parte al distrito de Huauchinango, en la zona septentrional del Estado de Puebla. Allí se encuentra la finca ganadera La Junta, propiedad del citado señor Almazán. Sabiendo de la existencia por el rumbo, de ruinas y reliquias arqueológicas que consideré interesantes, formó el proyecto de que la Dirección de Monumentos las explorase, proyecto que, aprobado, dió origen al viaje de reconocimiento que emprendimos. Por mi parte agregué al programa una visita a las ruinas de Tuzapan, conocidas sólo por muy vagas referencias escritas y verbales, las cuales indican que, de hecho, la localidad en cuestión jamás ha sido explorada formalmente.

El derrotero hasta La Junta es por Tulancingo, Huauchinango y Xico (ahora llamado Villa Juárez), siguiendo la carretera en parte concluída, que conducirá a Tuxpan cuando numerosos tramos en la actualidad usados provisionalmente, se arreglen en forma debida y, sobre todo, se construyan chalanes, puentes de balsas y puentes definitivos para cruzar en muchos sitios el Cazones y otras corrientes infranqueables para los co-

ches en tiempo de lluvias. Una vez en la antigua Xico, la carretera, en condiciones ya no satisfactorias que permitan salvar el descenso de la cordillera.

El desnivel franqueado de ese modo, representa bastantes centenares de metros, desde las alturas de la pequeña planicie de Xico, plena de frutales y cultivos limítrofes de la alta mesa de Necaxa, hasta el citado lugar de La Junta, sitio estratégico notable y paso de las corrientes fluviales venidas de la serranía. La principal es el río de Cazones, al que afluyen en esta comarca la corriente de Amixtilan y el río que baja de la Mesa de Tlaxcalantongo. Pero si en su curso por las estribaciones que sostienen el Cerro Azul de Xico, y la Meseta del mismo nombre, el Cazones se precipita encañonado entre hondísimas y peñascosas barrancas, al llegar a La Junta ya se desliza mansamente formando vegas y regando ricos pastizales, pródigos en ganado caballar y vacuno, o ribazos y colinas poblados de opulento bosque. Es que estamos, aquí a escasa altura sobre el nivel del mar, cerca de la entidad veracruzana, para llegar a la cual el río solamente contorneará los flancos de las alargadas mesas de San Diego, entrando después a tórridas comarcas de Veracruz, por entre lomeríos que a la postre conducen la corriente hasta su desembocadura en un paraje maravilloso: peñas acantiladas a la derecha, mansa playa por la banda opuesta, y un islote con pirámides y reliquias arqueológicas, en medio del caudal.

El espectáculo que se descubre en La Junta revela el valor estratégico del sitio, como punto de unión de las corrientes y estancia y paso natural, entre la costa y la gran Mesa Central. Entre todos los parajes de acceso a la altiplanicie, que conozco, muy pocos a ese respecto pueden comparársele. A las espaldas, digamos así, considerando al espectador con la cara en dirección de las corrientes, culminan las elevadas montañas de Huauchinango y Zacatlán, de Necaxa y Xico (el enorme y redondeado Cerro Azul). De sus ásperos costados se desprenden mesas en todas direcciones, principalmente rumbo al mar, las cuales dan la fisonomía de la región. Por doquiera se avanzan como lenguas de tierra, recortadas por milenios de erosión, que socavó y recortó salvajemente sus contornos. Desde alturas vertiginosas, sus bordes irregulares abren boquetes por donde se arrojan las aguas de la altiplanicie, contenidas en lagunas hacia el rumbo de Acaxochitlán o represadas en vasos naturales o artificiales, de enorme magnitud. La célebre cascada de Necaxa, antes de entubarse por la Compañía del mismo nombre, salvaba en doble salto un abismo de cuatrocientos metros de profundidad, a cuyo fondo ruge el caudal que más lejos formará

el ancho río de Comalteco, Gutiérrez Zamora y Tecolutla. Esta corriente roe los cimientos de la abrupta Mesa de Tlaxcalantongo, que se alarga hendida como por los efectos de un tajo gigantesco. Todo sin embargo fué obra de erosión descomunal, que vació como si labrara un golfo, los terrenos que convergen a La Junta, dejando a manera de promontorios y de cabos las lengüetas de tierra de las mesas. De la de Tlaxcalantongo bajan las aguas frías y salutíferas del arroyo que se junta al Cazones, y del río de Amixtlán, que poco adelante afluye a la misma corriente.

Las expuestas condiciones explican la presencia de ruinas arqueológicas en abundancia. Bordeando el mencionado arroyo de aguas cristalinas, un kilómetro distante de La Junta, en el rancho nombrado del Refugio, asiéntase un grupo de montículos artificiales. Son una docena de estructuras, en su mayoría erigidas junto al borde del balcón natural que forma el terreno. Cincuenta metros abajo de ese borde se desliza el límpido arroyo. La situación, pues, de los montículos está determinada por la curva de la corriente: pero al centro del segmento engendrado hay estructuras menores, algunas de las cuales quizá escondan tumbas. Todos los montículos aparecen contruídos de piedra irregular, en bruto, acomodada en paramento inclinado, y en uno que otro caso formando doble cuerpo, que separa un ligerísimo pasillo. Las plantas no me parecieron regulares, notándose muros, lo cual proporciona otro testimonio de su carácter primitivo; pero la presencia de tosca cerámica, aun cuando reconocida de momento en cortas cantidades (su estudio establecerá, tal vez, cultura arcaica), permite delimitar más de cerca ese carácter.

Siguiendo el curso de la corriente principal, el Cazones, el terreno se continúa sensiblemente plano por Apapantilla, Xochiapa (rica finca ganadera), la ranchería de Tepetate, el Carpintero y Tumbadero, antes de llegar al próspero y comercial punto denominado Mariandrea, al pie de la grande y elevada mesa de San Diego. La provisional carretera cruza muchas veces el caudal, cuyas ondulaciones de amplio desarrollo se acercan a las montañas que circunscriben el valle lateralmente, por una y otra banda, vestidas en sus vertientes de espesísimo y enmarañado monte, en que sobresalen los higuerones gigantes, el ceibo, los tarrales y otros árboles, ligados por bejucos y lianas en cantidad abrumadora. Aquellas espesuras con vista a los remansos color de esmeralda, que forma el río Cazones, dan guarida a fauna y caza mayor y menor, especialmente jabalí, venado, jaguar y puma. Sus intrincamientos son madriguera de serpientes venenosas de todos tamaños.

A la altura del rancho del Carpintero, allí donde el arroyo de Amixtlán afluye al Cazones, teniendo enfrente, como una muralla, la extremidad de la larga mesa de Amixtlán y otras eminencias que separan esta comarca, de Chicualoque y las ruinas distantes de Tuzapan, reconócese un angosto sendero con dirección meridional, esto es, a la derecha de la carretera. Dicho camino lleva, bajo bóvedas de follaje, la dirección de un cerro de forma notablemente cónica, remate de una elevada cordillera; parece que suele designársele con el nombre de Cerro de la Loma Alta. Por las vertientes orientales de esa cumbre corre el citado arroyo de Amixtlán, abrevadero de jaguares. La vertiente septentrional, vestida de intrincada arboleda, constituye terreno abandonado, que desde tiempos lejanos no se utiliza en forma alguna. Allí las fieras actualmente moran a su atajo. Entre sus vertientes ocúltase una localidad arqueológica enorme, que es la designada en el rumbo con el nombre de *Pueblo Viejo*.

Nosotros apenas tuvimos oportunidad de reconocerla superficialmente, dado que el recorrido tiene que hacerse a fuerza de machete, para abrirse paso entre los matorrales: en tanto que el lugar no se desmonte con cuidado, será imposible precisar el número y naturaleza exacta de los vestigios.

De momento, puedo decir que las ruinas cubren una extensión que aprecio en un kilómetro de longitud, extendiéndose aproximadamente en cuadro, cada uno de cuyos costados debe medir, sin mucha diferencia, iguales dimensiones. El conjunto comprende numerosas y grandes estructuras hechas de piedra en bruto. Reconocen por lo menos alrededor de cincuenta construcciones, varias muy altas y muy grandes. Sus plantas son sensiblemente regulares, de forma rectangular, con frecuencia muy alargada; esto es, dos de los costados del paralelogramo se prolongan muchos metros (cuarenta, cincuenta y más todavía). La altura es desigual; pero se reconocen estructuras que representan a la vista exceder diez metros de elevación, acercándose quizá a quince.

Hay porciones con revestimiento de aplanado en los muros comprobando que la arquitectura no es enteramente primitiva. No sabemos si aparecerán escaleras de bajo de los escombros, como debe esperarse. La piedra empleada es irregular, en mucha parte canto de río procedente del cercano arroyo de Amixtlán. Los paramentos están inclinados, y creí reconocer en algunas estructuras la presencia de dos cuerpos.

En conjunto, lo que sorprende, sobre todo, es la magnitud de las construcciones, dado que sus aristas, regulares como limitando prismas enor-

mes, miden hasta cincuenta metros de longitud. Tengo sólo una impresión general, de momento; pero estimando comparativamente estas ruinas, con relación a las del también llamado *Pueblo Viejo*, existente en las anfractuosidades de la montaña del Cofre de Perote, considero que unas y otras presentan aproximada magnitud. Encontrándose las que son objeto de estas líneas, en una de las entradas naturales, más importantes, que dan acceso a la altiplanicie, estación señalada para cualquier movimiento considerable de población, con abundancia de recursos de toda clase, fauna y pesca en enormes cantidades, y tierra pródiga dondequiera, producto de los aluviones de la cordillera, se concibe perfectamente el estacionamiento realizado por las tribus que aquí transitaban. El estudio en detalle de la arquitectura, y la investigación de la cerámica que se encuentre, a buen seguro darán una idea clara de la filiación cultural y la posición cronológica aproximada de estas colosales ruinas.

